



SUSCRIPCIONES

Santona
 Trimestre 1 pts.
 Semestre 1.75
Fuera de Santona
 Trimestre 1.25
 Semestre 2
Ultramar
 Semestre 4 pts.
 PAGO ADELANTADO
 Compañías desde
 0.25 á 4 pts. línea

Número suelto
 10 céntimos

SEMANARIO DE INTERESES DE SANTONA Y SU COMARCA

LAS TINIEBLAS

La noche con su negro manto cubre valles y montañas; el silencio solo interrumpido por los lamentos de gigante del huracán; encapotado el firmamento, no lucen las estrellas y todo indica luto y desolación, algo terrible parecido á lo que el alma del hombre siente en el desierto de la vida; cuando desaparecen las afecciones más consoladoras; cuando la soledad y el desencanto son los únicos compañeros que amargan nuestra existencia.

Aquellos valles y aquellas montañas, testigos mudos, impertérritos, impresionables podrían explicar, si un rugido humano brolara de sus entrañas, la ingratitude de las generaciones; las maldades con que los hombres compensaron los beneficios del Creador de aquellos valles, de aquellos montes y de todo el universo.

Aquellos montes, que dibujan en el horizonte espectros de imponente forma, cual gigantes confundidos en informe grupo, presenciaron inmóviles el crimen mayor que en el mundo se ejecutara; presenciaron las difamaciones más grandes contra el Divino Maestro, y conservan para siempre, en lo sinuoso de su naturaleza, el eco amenazador del pueblo desgraciado pidiendo la muerte de Jesús...!

Aquellas montañas de elevados picos, perpétuas guardadoras de los secretos que el olvidadizo pecador no pudo conservar, se indignan contemplando el sacrificio: tiemblan sus cimientos de terror, formando con la fiera de los elementos el imponente conjunto que de pavor llena á todos los pueblos del mundo.

Ni aun la inteligencia humana puede penetrar en las causas de tal desconcierto, por la confusión y el terror. Solo ráfagas de la cólera del Dios del Universo invade todas las conciencias: persuade, por sus inicuas almas, el seguro castigo de los infames que huyen en todas direcciones, viendo á sus pies profundos abismos que arrojan humo y llamaradas.

Ruido imponente, obscuridad tenebrosa, conmoción terrestre, todo, en fin, indica la indignación de Dios y tiemblan el hombre, los brutos, el mar, la tierra y todo.

La espriación de las culpas truena amenazadora sobre las cabezas de los miseros mortales... pero el mismo Dios con bondad infinita representado en Jesús, sufre cruentos

martirios: hieren, abofetean y escupen su divino rostro y espira entre las plegarias y llantos de su Divina Madre, en una cruz, castigo afrentoso destinado á los malvados de aquel tiempo

Aquella sangre que surge del cuerpo de Jesús, redime al hombre de su falta de gratitud al Creador; aquella redentora sangre es el principio del sosiego y la paz de las almas cristianas de los venideros siglos; la confianza en el creyente, la confusión en el ateo.

Jamás la historia de la humanidad registrará suceso de tanta importancia; el sacrificio de Jesús; la silueta fúnebre de la cruz, destacándose en el Gólgota en noche oscura y terrible; la aurora que anuncia futuros bienes; el despertar dulce del mortal impulsado por el genio del mal á hundirse en el caos misterioso del eterno castigo; la bondad suma personificada en María; los anuncios divinos que inducen á olvidar bienandanzas terrestres, que se disipan de un soplo y terminan con la vida, para alcanzar en la eternidad el átomo que nos corresponde de la preciosa sangre de Jesús, será siempre en la mente del hombre tal acontecimiento, el más sublime, el más grande y el único importante para la salvación del pecador.

F. Pechut.

La Virgen al pié de la cruz.

Yo tengo un recuerdo de edad más dichosa; tú, Madre amorosa, lo sabes tal vez. Entonces alegre, de afanes segura, soñaba ventura mi loca niñez.

Brindábame entonces la vida placeres; no ví en las mujeres el mal del amor; reía y cantaba un día, otro día, y siempre el que huía tornaba mejor.

Que aún no me acusaban mis débiles años, con duelos y engaños

de vana amistad; aún no de mis horas de paz y esperanza, rompió la balanza la estéril verdad.

El aire era un velo de ricos colores; brotaban las flores á impulso del sol; la noche tranquila que en paz me velaba, del cénit colgaba su turbio farol.

La vida era un sueño ligero y flotante, fingí delirante del mundo un jardín; creí que los días que pasan huyendo, felices volviendo serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre! recuerdo que un día tu santa agonía contar escuché; contábala un hombre, con voz lastimera; tan niño como era postréme y lloré.

El templo era oscuro, vestidos pilares se vían altares de negro crespón; y en la alta ventana meciéndose el viento, mentía un lamento de lúgubre son.

La voz piadosa tu historia contaba, el pueblo escuchaba con santo pavor, oía yo atento, y el hombre decía: «¡Y quién pesaría tamaño dolor!»

El Hijo pendiente de cruz afrentosa, la Madre amorosa llorándole al pié... El llanto anudóme oído y garganta, con lástima tanta postreme y lloré.

La voz conmovida seguía clamando, el viento zumbando seguía á la par;

el pueblo lloraba postrado en el suelo, contaba tu duelo la voz sin cesar.

Mi madre á su pecho mi pecho oprimiendo, posaba gimiendo sus labios en mi; y yo, Santa Virgen, en son de querella, no se si por ella lloraba, ó por tí.

Tu imagen estaba doliente á mis ojos, mi madre de hinojos oraba á tus pies; por quién lloró entonces mi pecho afligido, ya nunca he podido saberlo después.

¡Mi madre, tan joven, tan bella y penada! ¡Mi madre adorada llorando también! Perdon, ¡oh María! Soy hijo, y la adoro: su aliento y su lloro quemaban mi sien.

Convulso, agitado, en ámbito estrecho, latir en su pecho sentí el corazón; el niño creía, y oró al crucifijo, el niño era hijo y ahogó su oración.

Há poco en mis horas de cuita y de duelo, amparo en el cielo con ansia busqué; tu nombre me atrajo mi fé solitaria, y en honda plegaria tu nombre invoqué.

Que yo también lloro mundanos pesares, también tengo altares y fé y religión; que el gazo y la risa que ostento en la frente, del alma doliente la máscara son.

¡Ay, triste! Olvidado no hallé en mi abandono más luz que tu trono, mas paz que tu amor; y ciego y perdido,

sin lumbre y sin guía,
á ti te pedía,
llorandó, favor.
A ti, que llorabas
el día tremendo
que vistes muriendo
al Dios de la luz.
¡Oh Madre! ¡Que el día
de cuentas y espanto,
me salve tu llanto
al pié de la Cruz!

José Zorrilla.

A LA MUERTE DE JESUS

Muerte afrentosa le dán
Al Dios hombre en Palestina
Por que enseñó la doctrina
Del amor y caridad;
Doctrina que regenera
Del Gólgota en alta cumbre
Y enseña á la muchedumbre
Dulzura y fraternidad.

Negro capuz, densa sombra
Se estiende por el Calvario
Y en una cruz solitario
Todo un Dios pendiente está;
Sin piedad está clavado
Al vergonzoso madero.
Mientras un pueblo altanero
Le escupe en su santa faz.

Inmundo, blasfemo labio
Insulta su poderio
Dá en su brutal desvario
De falso profeta nombre;
De crueldad hacen alarde
Gozándose en su dolor;
Grande, inmenso es su amor
Cuando muere por el hombre.

A morir, su amor le ordena
Al que es raudal de la vida
Quedando así redimida
Nuestra falta en el Calvario;
Pide para sus verdugos
Un generoso perdón,
¿No os causa admiración
Este martir voluntario?

¿Como de tu omnipotencia
No das muestra ni poder?
¿Qué no pudieras hacer
Con solo tu voluntad?
Y os va á redimir del vicio
Y á su cabeza divina
Una corona de espinas
Le ponen tan sin piedad.

Impios, crueles, adorar
Preciosa sangre que vierte
Por costado pies y frente
Tan solo para salvaros;
Bendice á los que le hieren
Y acibarán su agonía;
Perdona á la turba impia
Que goza en atormentarle.

¿Quién al mirar vuestro cuerpo
No embarga dolor profundo
Salvando al culpable mundo
Que goza en veros sufrir?
¿Quién lacera vuestras llagas
Y punza vuestras heridas?
El feroz pueblo Decida
Que pide el veros morir.

En Jerusalem fué dueño
Prodigándole alabanzas
Su más risueña esperanza
Judea, por su Dios le aclama
Rinden palmas, grato loores
Tributen al Dios portento
Admiraciones sin cuento
Que en ricos dones derrama.

Alégrese el pueblo impio;
Realizado está su empeño,
¡Va á morir, clavado al leño
El Rey Señor, Soberano
Y el hombre por el que muere
En vez de justa alabanza,
Con su sangre, su venganza
Tíñe de rojo su mano...

Ya expiró; va en su martirio
Recuerdo indeleble deja
Y no exhaló ni una queja
De tan cruel ingratitud;
Qué sublime lección dá
De mansedumbre infinita,
Qué bondad mas inaudita

Ese cuerpo hierto y frio
Que miran tristes mis ojos
Hondamente causa enojos
Un rostro tan resignado,
Arrojadlo al descendierlo
De la cruz, en piedra dura
Laceran carne tan pura
Del hijo de Dios amado.

Y al tercer día se lanza,
Aun no abandona este suelo
Después remóntase al Cielo,
Manantial de eterna luz,
Y deja escrito con sangre,
Sangre preciosa y divina,
La indiscutible doctrina
Del que muere en una cruz.

Luis M. Conde.

NOTAS CONCEJILES

Con asistencia de los Sres. Concejales Steva, Valle, Lopez, Gomez y Barredo y bajo la presidencia del primer teniente alcalde Sr. Amorisa se celebró la sesión subsidiaria del martes.

Después de leídas las actas de las anteriores, el Sr. Barredo se extrañó que en el acta de la anterior no constara el acuerdo del Ayuntamiento de que se estudiara por la comisión de presupuestos si convenia al Municipio el remate del impuesto de consumos. Se hizo constar por el Sr. Secretario.

El Sr. Presidente pidió al Secretario volviere á leer en el acta la protesta del Sr. Steva, cuando en la sesión anterior abandonó el salón de sesiones precedido de los Sres. Valle y Martínez. Leida el acta preguntó si estaban conformes.

El Sr. Steva, contestó afirmativamente; pero que cuando salieron del salón de sesiones no había sesión, porque se suspendió por cinco minutos.

El Sr. Presidente dijo que ese intervalo de tiempo era un aplazamiento de la sesión y se consignara en el acta que se asentaron los Sres. Steva, Valle y Martínez sin la venia del presidente.

El Sr. Steva que constara por su parte que el Ayuntamiento no estaba constituido en sesión.

Después de éste incidente, dió lectura el Sr. Secretario:

A una solicitud de D. Patricio Cuesta, pidiendo permiso para abrir una puerta y una ventana en la casa de su propiedad sita en la calle de Juan de la Cosa. Páse á la comisión de fomento

Otra de D. Juan Saez para que el Ayuntamiento conceda el arreglo de una acera situada en la casa de su propiedad. Acompaña un informe del Sr. Maestro de Obras, que dice le hace falta el encintado de adoquines á dicha acera cuyo coste será de 40 pesetas. Se acuerda que si el Ayuntamiento tiene adoquines se haga la obra por administración ó en caso contrario por remate, que se verificará el martes próximo á las diez de la mañana.

Una comunicacion del Sr. Maestro de Obras municipales, manifestando haber D. Matias Diez colocado en el Matadero las rejas, cuyo coste asciende á 131.10 pts. Examinado por el Sr. Secretario las condiciones del remate, se acuerda hacer algunas observaciones.

Otra comunicacion del Sr. Maestro de Obras participando hallarse en estado de ruina la pared de cerramiento de la finca de la Sra. Marquesa del Robrero, como asimismo otra, situada entre la calle de la Darsena y plaza de San Antonio, propiedad de D. Romualdo de los Rios. El Sr. Steva dijo que la denuncia era de la competencia de la Alcaldía por ser de carácter gubernativo.

Leon Lauron presenta una cuenta que asciende á 50 pesetas para el arreglo del carro de la basura, que se halla en deplorable estado. Quedaron enterados.

La cuenta de jornales durante la semana, 51 pesetas.

Al Sr. Barredo le parece conveniente que los barreneros se dediquen además al arreglo de cunetas, etc., para no dar tantos jornales.

El Sr. Presidente, que la Alcaldía optará por lo más conveniente.

El día 13 del presente corresponde á Santoña la presentación de los expedientes general y de los mozos ante la comisión provincial.

Entre los mozos que presentan expediente de exención, están Manuel Solana Ruiz, Juan José Julian, Luis de Pablo Hormachea, José Maria Ituarte, Juan Raimundo Teran, José Claudio Nuñez é Isidro Alonso Salas.

cio fúnebre de 36.50 pesetas. Pase á la comisión.

Las obras subastadas de la escuela de niños, se han adjudicado á D. Sebastian Corrales en 95 pesetas.

El Sr. Presidente: Se levanta la sesión por cinco minutos para proceder á la votación para segundo teniente de alcalde.

El Sr. Steva: Que conste mi protesta.

El Sr. Valle: Y la mia:

El primero salió de la casa municipal y el segundo quedose fuera del salon de sesiones.

El Sr. Presidente ordenó fuese llamado el Sr. Valle á la votación, negándose éste á votar y marchándose acto seguido.

El resultado fué: D. Adolfo Valle, un voto y tres el Sr. Lopez, dejándose el asunto para otra sesión.

Y después de algunas consideraciones del Sr. Lopez, respecto á las próximas elecciones de Diputados á cortes y el Sr. Barredo preguntar si tenian permiso de la Alcaldía los que hacen escavaciones en el monte explorando minas, se levantó la sesión.

EL ATEISMO

Estamos en pleno periodo de duelo.

La Semana Santa viene con sus negros crespones, sus cantos fúnebres, su silencio de muerte á recordar una vez más y de un modo más elocuente al mortal, el episodio más grande de los siglos.

Viene á recordar al cristiano el fin único á que debe ajustar sus acciones, guiado siempre por aquella divina figura de Jesús Dios y hombre verdadero. Cordero pascual sacrificado en holocausto del padre por amor al hombre; viene á presentarnos á manera de historia viva, aquella frágil barquilla encomendada á Pedro por su Maestro, sola, con los doce apóstoles, en medio de proceloso mar y bajo un cielo cubierto de negras nubes y amenazada por la tempestad que no tardará en desencadenarse sobre ella: viene en fin, á manera de prueba palpable para los incrédulos, á patentizar la verdad divina de Jesús, cuya iglesia vive floreciente, triunfante, sobre todas las maquinaciones impías y esfuerzos supremos de Satán.

No se que impresión causarán en los que alarde hacen de la falta de fé; no sé qué virtud llevará consigo la Semana Santa que los he visto siempre taciturnos y perplejos en estos días.

Voy á referir un caso que yo mismo he presenciado y que si para algunos no tiene nada de particular por su trivialidad, significa mucho para los que meditan y se sacrifican por alcanzar el gran negocio de la salvación.

Entre los concurrentes á una sociedad muy conocida en cierta población, figuraba un señorón de luenga barba, abultado abdomen, sumamente elegante y demasiado rico.

Era su nombre D. Fernando de la Cerda y Gómez de la Cabra.

Su apellido parecia indicar una nobleza rancia, de esas que tuvieron su cuna en poderosos tronos ó por lo menos en suntuosos palacios.

Nadie sabia la historia de la familia de D. Fernando, ni ninguno podia decir más que lo que indicaba su propio apellido.

Pero lo que éste callaba, lo decía aquél, que no en balde sabia algo de la Historia patria, mostrando orgulloso el árbol genealógico de su real familia y haciéndose pasar como descendiente de aquellos turbulentos infantes de Castilla.

Y mostraba en su delirio de grandezas, lanzas y rodelas, espadas y otras armas que según él procedían de los ilustres infantes de la Cerda, conservados religiosamente por su familia como grato recuerdo de su soberanía problemática.

Lo cierto es que el Sr. de la Cerda poseía una cuantiosa fortuna, incontrarrestable argumento á sus pretendidos blasones.

Su dinero al lado de una brillante educación, adornaban de tal manera á D. Fernando que sus palabras eran escuchadas como un oráculo y sus pensamientos, y hasta sus costumbres estudiados por los contertulios y amigos. Sin embargo de tantos atractivos, D. Fernando era reputado de excéntrico.

—¡¡Cuidado que es raro D. Fernando!!—decían con frecuencia todos cuantos le conocían.

Sus rarezas, sus excentricidades no eran sino odio acervo á todo cuanto se refiriera á la Religión.

—¡Yo soy ateo!!—decía con énfasis el noble señor á cuantos le querían oír.
Y pronunciaba turibundos discursos en

nas de los santos padres y de todos los que pensaron y piensan en contraposición de sus ideas.

Su palabra enérgica, nerviosa; su tésis que dejaba en mantillas á Voltaire, y á Crant en feto, resonaban en los corazones de sus ayentes de un modo extraño: no les convencía, pero salían vivamente impresionados: separábanse llenos de pavor de aquel hombre, como sintiendo repercutir en sus almas aquellas frases llenas de cólera contra el Omnipotente.

Aquel efecto se desvanecía, trocándose en dolorosa impresión hasta quedar en pálido recuerdo para desaparecer por completo hasta la nueva sesión.

Ninguno de los que le oímos, creímos en él. A mi, no sé por qué se me figuró que aquél ateo acérrimo, á pesar de sus absurdas manifestaciones, estaba tan poseído de la existencia de Dios como yo mismo, que creo en El, como creo en la existencia del más conocido de los mortales contemporáneos.

Hice partícipes de mis suposiciones á los amigos y convenimos en sitiarse; no dejarle á sol y sombra hasta convencernos de los verdaderos sentimientos de aquél hombre.

Las circunstancias nos aborronaron la mayor parte del trabajo emprendido.

Se acercaba Semana Santa.
D. Fernando disminuía sus visitas á la sociedad, cosa rarísima en extremo.

Un día, el Miércoles Santo, se presentó á la hora habitual.

Todos mirábamos con sorpresa á la Cerda.

Su rostro no expresaba la satisfacción de siempre: estaba receloso como aterrorizado ¡que sé yo! á D. Fernando le pasaba algo.

Medrados los saludos de rigor, entramos en conversacion.

El ateo, en aquel momento, contra su costumbre, se mostraba parco en el hablar; reservado como nunca.

—¿Qué tiene V. D. Fernando?—le preguntaron con solicitud algunos.

—¿Está V. indispuerto?—añadieron otros.

—Algo delicado me encuentro en efecto—contestó con cierta vaguedad.

—¿Véis?—replicó la señora de la casa—vuestro modo de pensar, quizás, os traigan algún día ciertas consecuencias.

—Muy fácil;—añadió una señorita—el que no cree en Dios tarde ó temprano recibe una prueba terrible de su existencia.

D. Fernando oía y callaba como meditabundo.

Aquella conducta del intransigente libre-pensador, nos sorprendió.

Callarse él: él que no necesitaba se le molestase sobre tal asunto; siendo el primero en salir al palenque, á esgrimir su elocuentísima palabra en favor de sus creencias?

Sin embargo, volvimos á la carga.

Se multiplicaron las indirectas, pero nada: enmismado, ajeno siempre á nuestras interpelaciones, no oía.

Y continuó el resto de la Semana Santa retraído, sin hablar palabra de religión, esquivando toda intervencion en las conversaciones que se suscitaban.

Pasaron los días consagrados á la Pascua del Redentor y nuestro hombre, experimentó un cambio radical.

Volvió á ser el campeón de antes con su viperina lengua, anatematizando con su filosofía herética aquello que para él era el mayor Jujo que podía dispensarse la sociedad universal: la Religión.

Todos nos preguntábamos qué fenómeno extraño se verificó en aquél hombre durante la Semana Santa que se retraía y que no había usado de aquella predicación desgraciada.

Una noche le preguntamos sobre aquel cambio de conducta, recordándole la que había observado durante los días que el Dios-hombre debió consumir su sacrificio.

Tomó su carácter la expresión dura y reservada de aquella vez y con voz temblorosa é incierto acento, respondió:

—Yo respeto en esos días el dolor general del pueblo cristiano y abandono la única vez en el año mi predicación por...

El semblante del ateo se oscureció á medida que razonaba su contestación, cortándola de repente por una tos terrible y cavernosa que más parecia el estruendo de un formidable trueno al producirse la chispa eléctrica, que eco humano.

Y levantándose loco, frenético, salió precipitadamente para no volver más á aquella sociedad.

Tenia razón.

Le habian conocido.

E. Garcia de Paredes.